

Tres notas hispanas

Escribe: **HUMBERTO JARAMILLO ANGEL**

QUIJOTE: MOZAS DEL PARTIDO

“¡Oh, poder redentor de la locura! A los ojos del héroe las mozas del partido aparecieron como hermosas doncellas”.

UNAMUNO

No fue limpio de linaje el primer encuentro femenino hecho por Don Quijote el día —¡Oh, la gracia infinita de la primera quijotesca salida!— en que se inició la patética y maravillosa historia de su vida de andante caballero. Cervantes pone aquellas dos mujeres, en el dintel luminoso de su obra, como para que ellas mismas se encarguen de amadrinar el velamento, en la venta, de las armas del errante Hidalgo manchego.

Unamuno, en su *Vida de don Quijote y Sancho* —¡qué estupendo país de sensaciones y de hallazgos!— hace gala de libertad literaria y de filosófica comprensión hacia las dos solícitas mujeres, acomodadas por ver si Don Quijote gustaba recibir algún alimento que fortificara su organismo, un poco débil a causa de pasadas vigiliadas. Don Miguel —el sabio— dice, entonces, lo siguiente:

“Fueron las dos pobres pecadoras de por fuerza las primeras que se cuidaron de mantener la vida del heroico loco. Las adoncelladas mozas, al ver tan extraño caballero, debieron de sentirse conmovidas en lo más hondo de sus injurias entrañas”.

¡Y en verdad que se sintieron, ambas mozas, conmovidas y tristes. Al ofrecerle de comer a Don Quijote, no hicieron nada distinto a poner de manifiesto sus buenos sentimientos de dadas hijas de Eva. Ellas, en el fondo, no eran malas! (Sugiero que la vida, la suerte y el aciago destino, habían sido amargos y crudos con las acuciosas pecadoras manchegas), Azorín, en ninguna de sus notas cervantinas, nos habla de las nobles mozas que ofrecieron yantar a Don Alonso. ¿Fue, acaso, que el maestro de Monóvar no encontró, en el acto de que ellas se conmovieran,

ante la flaca figura del Hidalgo, del lamentable aspecto que su humana flaqueza presentaba? Es posible. Sin embargo, ¡cuánta importancia tiene, en la aventura y desventura del andante caballero, la presencia, en la fonda caminera, de tales mozas del partido!

¿Tenía, a esa hora de la tarde, en efecto, hambre Don Quijote? ¿Cómo no iba a tener necesidad de algún breve yantar si para él, sin duda, también habían de estar en apetitosa sazón todos los cocidos de puerco, a punto de servir las conservas, en los manteles el pan, en los odres el agua y en sus botellas el vino? Cervantes, sin desdenar el ofrecimiento de las mujeres, y sin omitir el manifiesto apetito del Hidalgo, lo dice, muy claro, por boca del mismo caballero:

“...A lo que entiendo —repuso Don Quijote a las mozas— me haría mucho al caso, pues el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas”.

Entonces comió Don Quijote. Era lo justo. ¿Para qué iba —siendo, como en realidad lo era, un caballero de formal andadura y de re-

luciente penacho— a tener en liso menosprecio la buena, noble y oportuna invitación de las infelices vendedoras de mínimas caricias? No era, ese, un elegante gesto ni de sus sentimientos ni de nadie que en la sangre llevara bien encendida la llama de la nobleza. Por eso, acaso, fue por lo que no se negó a recibir los manjares que a tan buen tiempo se le brindaban. En ello se conocía que el allí presente, en la venta, a fuer de estar cuerdo, merecía, de igual modo, el supremo don de la locura.

¡Luego de la comida vino la hazaña de armarse caballero andante! Una vez veladas las armas, tornó a su hogar. De las mozas —tan hechas para donar ventura y desventura— ¡no vuelve a saberse nada en toda la maravillosa historia quijotesca! Cervantes, tal vez, echó en olvido el ocuparse, en lo sucesivo, de ellas. ¿No valían, seguro nada?

No obstante, en la presencia de aquellas dos mozas del partido, vemos, en el propio dintel de la inmortal novela, una real imagen de otros personajes femeninos, existentes en la genial obra, salida del mágico cerebro de Cervantes...

* * *

ANTONIA CLARA: SANGRE VIVIENTE

“El viejo poeta contrito se hundió en una apenado silencio”

A. F.

1617. Madrid 12 de agosto. Casa grande. Casi solariega. Con ventanales apagados a la luz de la calle. Con patio y mustio ciprés en el huerto. Con alcobas hondas y calladas. Quietas. Sin muebles de lujo ni refinado empaque. Sin lám-

paras por doquier. Apenas lumbres de espermas, candiles o faroles. Con poco aparato de bullas y de ires y venires de extrañas gentes. Sin ruidos sordos. Uno que otro murmullo. Una que otra sombra. Y nada. O sí: alguien, en el mis-

terio de la casona y de la hora —cualquier hora del día o de la noche— había venido, entre sangres y quejas, al reposado universo de aquella casa de Madrid.

Calle del Infante. Y en agosto de 1617. ¿Un año como otro año cualquiera? No. Un año con gracia y con hitos para muchas leyendas, muchas aventuras, muchos deseos, muchos duelos, muchas alegrías y no poca ventura y desventura para el señor don Lope. Un año, en efecto, en Madrid, y en aquella calle callada del Infante, para la historia: la buena o la mala historia de un poeta, ya viejo, a quien todos los sueños se le habían ido tornando, al paso de los días, en realidades. Unas dulces o amargas realidades para enturbiar el corazón o para llenar de miel y perfume el ánfora vacía de las quimeras o de las esperanzas.

¡Día 12 de agosto! Y en Madrid. Y en el hogar —ahora sí de plácidos quererres y de mimos y arrullos plácidos, de don Lope y su mujer, Marta, “dos grandes pecadores”, como los llama, en su libro, Angel Flores, el buen biógrafo del Fénix. Nace, en ese día, y en ese hogar de avenidos amantes, la niña Antañita Clara de Vega y Nevares, una como tenue servilleta de cielo azul para enjugar infernales lágrimas del enardecido viejo para quien nada pudo enmudecer, en España, cuando era su lira la que buscaba los dulces secretos de las recónditas palabras. Antonia Clara. Y nacida, como un lirio de invernadero, o de jardín público, en leve nido de besos, de alegrías, de amores y de odios. Leve nido de tácitas nostalgias.

Dos semanas tardan, Lope y Marta, en hacer poner vivos óleos

a la recién nacida. En la parroquia de San Sebastián la niña es bautizada. El de Antonia, es nombre que se le debe a don Antonio de Córdoba y Roxoz, Conde de Cabra, y, el otro, a la santa del propio día 12 de agosto de 1617.

No fue constante y larga la permanencia de Antonia Clara al lado del viejo, achacoso y lento poeta. No. Un día llegó un galán ladino, obsequioso y de labia capaz de conquistar, no a una doncella de blanco corpiño y espumosa falda, sino a la más escurridiza y fría abadesa, alejada del demonio, el mundo y la carne. Angel Flores lo apunta:

“La cabeza de la doncella desvaneciose en humos. Se vio condesa o duquesa, vestida con magníficos trajes, más radiante en su juventud que las brillantes piedras que adornarían sus manos, sus brazos, su cuello, sus orejas, su cabello”.

Y ni pudo más, la niña. Antañita: hizo, de seguro, un breve lío de ropas. Calzó suaves pantuflas. Cerró, duro, los labios. Ahogó una lágrima, muy débil, y se marchó. Tras de su fuga se marchó, para no volver nunca, don Félix Lope de Vega y Carpio, el Fénix a quien le faltaron fuerzas, voluntad, bríos y ánimos para sobreponerse a la sonsa aventura de la niña.

En viejo papel, encontrado por el docto don Agustín González Amezua, entre agrio polvo de olvido y de arcaicos archivos madrileños, se lee y se sostiene lo siguiente:

“...Lope murió de pena de que tenorio le sacó una hija”.

Otros dicen, y lo escribieron en sus libros sobre Lope, que fue don Enrique Felipe de Guzmán, hijo bastardo del Conde-Duque de Olivares, el que, fijando, con sed y hambre de frutos tiernos, sus ojos en Antonia Clara, la sonsacó del

hogar. Sea lo uno o lo otro. Lope, su ardiente padre mujeriego, no pudo resistir la fuga. Esa fuga, sin duda, lo mató.

¡Estaba, ya, tan viejo, el pobre poeta...!

* * *

LOPE FELIX, MUERTE DESCONOCIDA

*"No puedo sufrir estas dos cruces". — LOPE.
A Ramón Londoño Peláez.*

De pronto, en la mar brava, bajo la tormenta brava, el barco chocó contra unos fieros arrecifes. Hubo, como era natural, alarma. Gritos. Fuerzas. Voces leves. Grandes voces de mando. Y, un "golpe de timón" audaz. Muy audaz. Pero inútil, ya, para el rápido viraje de la nave. No había salvación posible. La muerte, en el mar, en el mar azul —cualquier mar de la tierra es azul— para los marineros, no es lo mismo, a veces, en la noche que en pleno día, de brillantes oros o de zafiros opacos. No es lo mismo. Distan, una y otra muerte, mucho. Cervantes, en una página del *Quijote*, lo sugiere. Y también lo sugirió, Unamuno, en su *Sentimiento trágico de la vida*.

De todos, el más joven de la tripulación, era Lope Félix. ¿A qué había ido, el ardiente mozo, a las lejanas costas de Venezuela? ¿A las lejanas y verdes Islas Margaritas? ¿A los mares de América distante, salvaje, aún, y como perdida, de noche o de día, en espesa y dura bruma de tórridos silencios, sin límites terrestres? ¿A qué?

Era, el intrépido mozuelo, hijo del poeta. Hijo del aventurero. Del aguerrido amator. Del insaciable

cortejador de frescas doncellas, de mujeres comprometidas en matrimonio legal o de busconcillas de extra-muros o de callados huertos solariegos. Hijo de poeta. No de navegante. Sin embargo, navegante, el arriesgado mozo de España.

De no haberse embarcado en esta torpe odisea, en busca de perlas, por las aguas de aquel mar de borrascas y aluviones, acaso, Lope Félix, en el lento correr de los años, habría sido, como su padre genial, poeta, comediógrafo, fraile, penitente de verdad, loco de veras o trasnochador de la taberna lo mismo en Toledo que en Sevilla, en Esquivias que en Barcelona o en Madrid. Pero la sed de perlas lo aupó, en la violenta sangre, heredada del glorioso Fénix, sin rival en las letras castellanas, fuera de Cervantes.

Era el destino. Nada más. Don Lope, sin duda, no lo presintió, así de amargo, ¡jamás! Luego de acaecida la súbita desgracia de la fuga —fuga por amor y por vivientes deseos de la carne sin freno— de Antoñita Clara, a Lope le llegó, de contrapeso y de negrura, la fatal noticia del naufragio y muerte de Lope Félix, su hijo, Gómez

de la Serna, en su libro de *Albas y crepúsculos*, habla, de este modo, de lo sucedido:

“...Huída Clara, y recibida la noticia de que su hijo Lope ha muerto pescando perlas en las Islas Margaritas, veámosle en sus últimos días. Ve amanecer y se desayuna con desayuno de fortaleza, unos torreznos fritos y pan, mirando mudo el cielo con sus ojos de pozo humano, al lucero que saca verdades llenas de inusitada franqueza”.

Son los postreros días de Lope. No puede, sin embargo, más. No puede, de seguro, sufrir esas dos cruces. Y se ahoga en quietos llantos de alcoba. El mar se tragó a Lope Félix y la niña Clara se dejó tragar por un río de sangre viviente, una sed de besos, un halago de caricias, una temprana necesidad de afectos, de pasiones, de ensueños y del buen amor que florece, a diario, como el dulce y misterioso rosal donde aspira, en el poema de Pierre Louis, la deseable Afrodita, el perfume que no cesa y que embriaga como un diabólico néctar, los sentidos de la mujer y del hombre.

Don Angel Flores, en letras de pergamino, cuenta lo del naufr-

gio, frente a las Islas Margaritas. Ramón, por su parte, tan solo lo sugiere. Pero, Federico Carlos, abordando, con garbo de letrado, perito en biografías, discursos académicos y ensayos literarios, el trágico final del mozuelo Lope, lo hace, de este modo, ágil y poético:

“...Dos horas después el mar era una lámina de oro; el cielo un esmalte azul. De la tierra cercana, lavados los abanicos de las palmeras, se escapaban tonalidades y chillidos de micos y de papagayos. Pero Lope Félix ya estaba eternamente dormido en el lecho acuoso, junto a aquellas perlas de tamaño absurdo que jamás acariciaron las manos pulidas de las velasqueñas reinas y princesas españolas”.

Debió ser una segunda muerte de Lope. La primera, quizás, fue la fuga, en ese mismo tiempo, de Antoñita Clara. Lope, de esa manera, murió tres veces. Su hijo, Lope Félix de Vega y Luxán había nacido en Madrid, en la calle de los Majaderitos, el año 1607. “De niño —dice Federico Carlos— fue duro, díscolo y muy imaginativo”.

Muerte desconocida, en efecto, la del pobre Lopillo!